
relaciones de género en las familias de sectores altos de Lima

liuba kogan

Los estudios sobre los sectores socioeconómicos altos de Lima

En el Perú, los estudios sociales sobre los «sectores dominantes» han sido numéricamente muy escaso (Kogan 1996) Aquellos que se propusieron abordar los fenómenos culturales dentro de este sector, lo son aún más. La mayor parte de estudios sobre «sectores dominantes» se han generado desde un enfoque histórico-económico, e incluso desde una perspectiva periodística (Malpica 1967 y 1990). La falta de un corpus producto de la investigación social, ha llevado a algunos investigadores a recurrir a fuentes literarias que representan aspectos de la sociedad limeña de sectores altos (Barrig 1996).

No solo son escasos los estudios sobre los «sectores altos» sino también relativamente recientes. Las razones que explican el desinterés de los científicos sociales por su estudio son diversas. De un lado, en el Perú la sociología necesitó justificaciones morales y políticas para validar ideológicamente sus objetos de estudio, por lo que hasta inicios de los años noventa las investigaciones se habían centrado en los sectores populares (Rochabrún 1996). De otra parte, un argumento utilizado para desdeñar el estudio de los «sectores dominantes» fue el de que se trataba de una minoría estadística y por tanto, la necesidad era desarrollar investigaciones sobre las mayorías pobres del país; en gran medida, porque existía financiamiento extranjero para desarrollar estudios que devinieran en la aplicación de políticas de promoción del desarrollo.

Hacia finales de los años ochenta, la perspectiva teórica del *mundo de la vida* y los estudios sobre género, coadyuvaron a ampliar el objeto de estudio de la sociología en el Perú. A pesar de que se produjo un vuelco interesante en las investigaciones —desde los trabajos estructurales de la sociedad

hasta los estudios desde las perspectivas de los actores sociales—, las que se hicieron sobre los «sectores dominantes» fueron numéricamente reducidas. Una de las explicaciones de este fenómeno podría ser la dificultad que hubo, en una docena de años marcada por la violencia terrorista, para acceder y estudiar a este sector social, sobre todo debido a la negativa de sus miembros para brindar información por razones de seguridad.

Un elemento adicional que hace difícil el acercamiento al estudio de los «sectores dominantes» en el caso peruano hoy, es que resultan insuficientes o difíciles de aplicar *tout court* los conceptos de *clase social*, *estrato*, *elite* o *nivel socioeconómico* para analizar la diferenciación social en un contexto que ha cambiado rápida y sustantivamente en las últimas décadas. Si bien se han producido importantes transformaciones que han descentrado a la clase dominante en tanto no conserva de manera simétrica el poder económico y político, sigue conservando poder y sobre todo presencia como grupo dominante en términos de elite. El sector alto, numéricamente muy pequeño, sigue representando y representándose simbólicamente como grupo dominante en un país mayoritariamente pobre y sin la tensión u oposición de un sector medio casi desaparecido. Por ello, si bien el entorno político y económico ha cambiado en el país, ello no ha tocado significativamente la posibilidad de representación simbólica del sector alto como un grupo conservador, excluyente y exclusivo. Algunas instituciones, como los colegios privados religiosos, los clubes sociales o los lugares de esparcimiento exclusivos de este sector, permiten sustentar y reproducir las relaciones de género en el estrato alto de Lima.

Encontramos, entonces, un sector alto conservador desde el punto de vista de las relaciones de género, aunque «puesto al día» respecto de las representaciones simbólicas de los años cincuenta. Conviven de un lado las instituciones educativas y sociales tradicionales, a la par que los medios de comunicación y la sociedad de la información barnizan con una cierta modernidad las relaciones sociales en este sector socioeconómico, que ha logrado marcar simbólicamente y sofisticadamente sus diferencias sociales.

Nuestra hipótesis es que si bien se han producido cambios sociales, políticos y económicos importantes en la sociedad limeña, ello no ha transformado significativamente las relaciones de género en este sector social. Si bien hay cambios, estos parecen darse a nivel de cierta *modernización*, mas no de relaciones de género. El nivel prescriptivo de los valores parece no haberse modificado, aunque en la vida cotidiana las personas de este sector social tengan más facilidades de transgredirlos. Por ejemplo, la virginidad sigue siendo un valor importante, aunque se aceptan las relaciones sexuales de las hijas con el novio con el que ya se encuentran comprometidas. Otro ejemplo podría encontrarse en el hecho de que las mujeres estudian carreras universitarias, pero las abandonan al casarse y/o al tener el primer hijo. Aquellas pocas mujeres de este sector social que destacan como técnicas de primer nivel son solteras, y aquellas casadas que trabajan —si trabajan— lo hacen como pasatiempo y apuntan que el esposo es el proveedor económico de la familia.

Nuestra segunda hipótesis es que muchos sectores sociales de «nuevos ricos» que han sufrido un proceso de movilidad social ascendente han intentado formar parte del sector alto tradicional a partir de la adopción de los valores y el estilo de vida de los ricos tradicionales, proceso que se produce a través del acceso de los hijos a colegios tradicionales y por alianzas ma-

trimoniales. Por ello, la imagen de los sectores dominantes en el Perú podría compararse con la de un mosaico, producto del origen étnico de sus miembros, del génesis y tamaño de las fortunas familiares.

Los diversos orígenes del «sector alto» de Lima

Es preciso contextualizar históricamente el génesis de las grandes fortunas de los grupos que conforman el sector socioeconómico alto de Lima. Para empezar, señalemos que las familias de este sector en el Perú se encuentran fuertemente concentradas en Lima Metropolitana, por lo que hablar de la clase alta de Lima resulta en sí mismo un asunto irrelevante. Para 1997 (Apoyo 1997)¹ solo el 1,3% de las familias peruanas forma el sector alto y medio-alto del país. En Lima Metropolitana se concentra el 96% de estas familias. El 4% restante se concentra en otras pocas ciudades del país. Las familias del sector alto en Lima Metropolitana —excluyendo a aquellas del sector medio-alto— representan tan solo el 1% de las familias limeñas. En resumen, el sector socioeconómico alto y medio-alto se halla fuertemente concentrado en la capital del país, siendo el sector alto-alto el más pequeño.

En lo que respecta a la génesis de las fortunas que dan sustento al sector alto de Lima, podemos identificar un grupo de familias cuya fortuna es resultado de la propiedad patrimonial de la tierra, que es herencia colonial hispánica. Esta «vieja» *oligarquía* —conformada principalmente por terratenientes tradicionales— tuvo una presencia casi monopólica como sinónimo de clase alta (en términos sociales, políticos y económicos), hasta los años cincuenta (Burga y Flores Galindo 1987).

Otro sector importante de la clase alta está conformado por familias de origen europeo (principalmente italianas, inglesas, españolas y alemanas) cuyos patriarcas migraron hacia el Perú en la última década del siglo XIX y primera del siglo XX (Castillo 1992). A diferencia de la gran oligarquía, en general se trata de familias que iniciaron sus fortunas en la manufactura, el comercio y la banca. Es decir, en actividades ligadas al ámbito urbano. Estas grandes familias crecieron en lo económico aprovechando estratégicamente los procesos de urbanización y modernización de la capital peruana, hasta convertirse, unas décadas más tarde, en grandes grupos de poder económico (*ibidem*). Este fenómeno modernizador de la sociedad se consolidó con la aplicación del modelo económico de sustitución de importaciones recomendado por la CEPAL a inicios de la década de los sesenta.

La estocada final que permitió el ocaso político de la oligarquía y el florecimiento de los grupos económicos de origen extranjero fue el gobierno militar reformista de corte nacionalista y estatista de Juan Velasco Alvarado, quien llegó al poder en 1968 mediante un golpe de Estado. Las reformas que implantó terminaron por descomponer el poder de la antigua oligarquía terrateniente a favor de los grupos económicos, que accedieron a la propiedad de complejos productivos y grandes empresas de diversos sectores de la eco-

¹ APOYO. *Niveles Socio Económicos en la Gran Lima*. APOYO Opinión y Mercado S.A., Lima, julio, 1997.

Porcentaje de familias según nivel socioeconómico en 1997
en Lima, resto urbano, ámbito rural y total del Perú

| NIVEL SOCIOECONÓMICO | GRAN LIMA % DE HOGARES | RESTO URBANO % DE HOGARES | RURAL % DE HOGARES | TOTAL PERÚ % DE HOGARES |
|----------------------|---------------------------|------------------------------|-----------------------|----------------------------|
| A | 4.3 | 0.1 | 0.0 | 1.3 |
| B | 18.0 | 11.5 | 1.2 | 10.5 |
| C | 34.0 | 43.4 | 16.3 | 33.2 |
| D | 43.7 | 45.0 | 82.5 | 55.1 |
| TOTAL | 100.0 | 100.0 | 100.0 | 100.0 |

Fuente: Apoyo. *Niveles socioeconómicos en la Gran Lima*. Lima: Apoyo, Opinión y Mercado S.A., julio de 1997, p. 12.

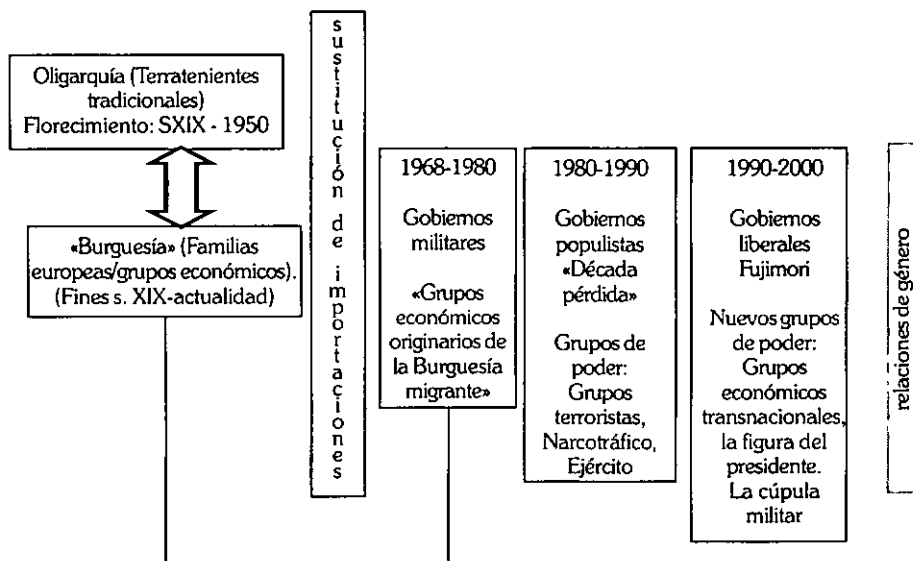
nomía —que hasta ese momento se encontraban en manos de capitalistas extranjeros— gracias a la política de nacionalización de empresas.

Entre 1968 y 1980, el Perú fue gobernado por regímenes militares de facto. Si bien en 1980 se instauró la institucionalidad democrática, en términos económicos ese año se inició la llamada «década perdida» (Ugarteche 1997). Para el Perú y para América Latina, este fue un periodo de importante decrecimiento económico. Según la CEPAL, entre 1980 y 1985 América Latina tuvo un PBI per cápita de -0,6 %, mientras que entre 1985 y 1990, esta cifra fue de -0,1% (CEPAL).

En el Perú, los gobiernos populistas establecieron varios modelos económicos contradictorios en muy cortos periodos de tiempo. El surgimiento y desarrollo de la violencia terrorista de Sendero Luminoso y del MRTA, el fenómeno del narcotráfico y los desastres naturales llevaron al país a una situación dramática en términos sociales, políticos y económicos. La anomia generalizada caracterizó los últimos años de la década de los ochenta: las instituciones estatales se hallaban muy fuertemente deslegitimadas, mientras la violencia reinaba con casi total libertad. En esta época los grandes actores políticos y económicos fueron Sendero Luminoso y el MRTA, el ejército y el narcotráfico. La década de los noventa se inaugura con el primer gobierno de Alberto Fujimori, quien instaura un modelo económico de corte liberal y eminentemente pragmático. El sistema partidario se encuentra totalmente deslegitimado, lo que favorece la concentración del poder en la figura del Presidente. En su segundo periodo, Fujimori gobierna en conjunción con los militares. Esta década parece ver el nacimiento de nuevos grupos de poder: los grupos económicos transnacionales y los grupos ligados al Estado y a la cúpula militar.

Desde la instalación del liberalismo por el gobierno de Fujimori, parecen haberse producido cambios significativos en el panorama visual del sector alto de Lima. Las formas de vida se han hecho más cosmopolitas: abundan los teléfonos celulares, proliferan los pubs y cafés, la publicidad muestra estilos de vida de los «ricos y famosos», están de moda los problemas de la globalización y se consumen los productos de la sociedad de la información. Sin embargo, los sectores socioeconómicos medio-bajo y bajo —que representan aproximadamente el 80% de la población del país— son más pobres. Es decir, la brecha entre los extremos de la sociedad parece haberse ampliado en términos materiales y sobre todo, simbólicos (Kogan 1996). Por ello, podríamos afirmar que la clase alta se ha distanciado aún más en términos simbólicos y materiales del resto de la socie-

ORIGEN DE LOS «GRUPOS DOMINANTES» EN EL PERÚ



dad. A la vez, se encuentra compuesta por un mosaico de grupos de poder en descomposición, en transformación o en génesis que no tienen simultáneamente poder económico y poder político.

Proponemos que los sectores altos, si los comparamos con los sectores medio y popular, son los que menos se han transformado respecto a las relaciones de género, a la luz de los cambios sociales de las últimas décadas. En el sector medio parecen darse los cambios más importantes en las relaciones de género. Coexisten varios modelos de femineidad y de masculinidad debido a la incorporación de las mujeres al ámbito educativo superior y laboral, y aparece el trabajo como un medio de autorrealización para un buen grupo de mujeres. Fuller (1993 y 1996) propone que

[...] el trabajo actúa como un código de lectura privilegiado con el cual las mujeres son convidadas a entender sus biografías y proponerse a sí mismas como sujetos independientes en contraste con el modelo tradicional centrado en el hogar y las relaciones familiares. De esposas y madres deben convertirse en individuos y profesionales.

De otra parte, los cambios en la masculinidad parecen resultado de los cambios en las femineidades. A su vez, la educación de hijos e hijas es vista como un medio privilegiado para impulsar el proceso de movilidad social de la familia, por lo que se alienta el estudio superior en las hijas. Lo que significa que la transformación de las relaciones de género, en términos de modernización, se consolida.

En los sectores populares encontramos que las mujeres siempre han trabajado; sin embargo, lo han hecho en oficios simbólicamente poco valorados o que representan muy bajos ingresos. Los estudios que se han realizado sobre las relaciones de género en mujeres líderes de este sector social muestran cambios relativos. Las mujeres mayores —migrantes y

con escaso nivel educativo— se desenvuelven dentro de familias muy tradicionales, mientras las jóvenes —con mayores niveles educativos— tienden a socializar a sus hijos de forma más igualitaria y a formar parejas donde las relaciones son menos desiguales. Sin embargo, un gran porcentaje de estas familias están jefaturadas por la mujer. La crisis económica que se ha vivido en los últimos años parece haber coadyuvado a la valoración del aporte económico de la mujer. No obstante, los cambios en las relaciones de género son desiguales en este sector social, marcado por la falta de oportunidades.

Finalmente, en el sector alto limeño encontramos instituciones sociales conservadoras que tienden a persistir con mucha fuerza (sobre todo los colegios) y de otra parte, propuestas modernizadoras planteadas por los medios de comunicación. Estos últimos han impreso una cierta flexibilidad o barniz de modernidad a este sector social, pero sin cambios sustantivos.

Una matriz para organizar los segmentos del sector socioeconómico alto de Lima

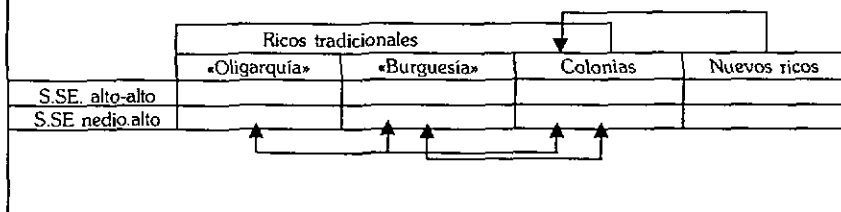
Para realizar un estudio sobre las relaciones sociales en el sector alto limeño es necesario tomar en cuenta su heterogeneidad interna. Por un lado, tenemos un sector socioeconómico alto-alto conformado por aproximadamente el 1% de las familias que son propietarias de grandes fortunas.² Del otro lado se encuentran familias adineradas, que si bien no poseen los niveles de riqueza de las anteriores, son consideradas parte del sector alto. Los jefes de hogar de estas familias son, principalmente, empleados de alto nivel de las grandes empresas nacionales o transnacionales, empresarios o profesionales liberales de gran éxito. La relación entre estos dos grupos es estrecha, en tanto frecuentan espacios sociales similares, aunque las diferencias económicas resulten visibles.

De otra parte, el origen étnico de las familias es un asunto de especial relevancia en la sociedad limeña. Una abrumadora proporción de los miembros del sector alto de Lima proviene de familias de origen extranjero, que forman las llamadas «colonias», que se comportan como grupos subculturales. Esto es, grupos relativamente endogámicos, que presentan patrones de interacción muy intensos en razón de su origen étnico y que mantienen instituciones sociales que sustentan la vida comunal: clubes sociales, colegios, sociedades de beneficencia, cementerios, iglesias, etcétera. Entre las principales «colonias» se encuentran las colonias árabe, judía, francesa, alemana, italiana, china, japonesa, española, etcétera.

En tercer lugar, el origen de las fortunas familiares genera también matices significativos dentro del sector alto de la sociedad limeña. Los «viejos ricos», cuyas fortunas se perciben como «antiguas», tienden a marcar distancia frente a los «nuevos ricos», que pueden contar con importantes sumas de dinero,

² Cuando nos referimos al tamaño de la fortuna familiar es necesario tener en cuenta las características de cada sociedad. Por ejemplo, el nivel socioeconómico A1 de Lima, propuesto por Apoyo, equivale aproximadamente en Europa, según Esomar, al nivel A, mientras que en Chile y Argentina al AB.

Matriz para ubicar distintos segmentos del sector socioeconómico alto de Lima



relaciones de género

pero que se diferencian culturalmente de los primeros. Por ello, las fortunas «heredadas» implican una vivencia en términos de élite y le confieren la categoría de tradicional a la familia, que se representa como parte de una estirpe a la que no se puede acceder únicamente con dinero. Por ello, la incorporación de los nuevos ricos al grupo tradicional resulta un proceso difícil y lento en la historia de las familias. La única vía disponible es el matrimonio, por lo que la circulación de mujeres casaderas (y de varones casaderos) es fuertemente vigilada en los sectores altos tradicionales. Una forma de control de los patrones matrimoniales se produce a través del sistema educativo peruano, donde existen colegios particulares (promovidos por diversas órdenes religiosas, así como por colonias extranjeras) que incluyen en sus políticas sutiles formas de discriminación: altas cuotas económicas de ingreso, necesidad de contar con la «recomendación» de un exalumno, etcétera. Es de resaltar, por otro lado, que los nuevos ricos pueden tener diversos orígenes étnicos, pueden haber adquirido fortuna por medios legales o ilegales (narcotráfico, contrabando), y pueden ansiar formar parte o no de la élite tradicional.

En términos generales, podemos representar simbólicamente al sector alto de Lima como un mosaico donde los poderes económicos, sociales y políticos se hallan descentrados. A nivel económico conviven varios grupos: los pocos remanentes de la oligarquía tradicional, los grupos cuyo poder económico proviene de la burguesía modernizante de los años sesenta, y los grupos económicos de capital transnacional, de presencia nueva. De otro lado se encuentran los nuevos ricos, cuyas fortunas muchas veces son producto de las oportunidades que brindaron las cambiantes políticas económicas, el lavado de dinero proveniente del narcotráfico o el comercio exitoso en las colonias. El poder político, sin embargo, se halla centralizado en la figura del Presidente y sus allegados.

Puntalicemos finalmente que los nuevos ricos aspiraron a incorporarse a la cultura de los ricos tradicionales. Esto se dio a través de la educación de los hijos en colegios exclusivos y tradicionales y, sobre todo, a partir de alianzas matrimoniales. Es necesario estudiar si este patrón de incorporación a la cultura de los ricos tradicionales está sufriendo variaciones. Sin embargo, creemos que este mosaico que conforma el sector rico tradicional comparte —al margen de particularidades subculturales— una cultura relativamente homogénea en términos de relaciones de género, en tanto sus diferencias subculturales han tendido a desdibujarse en las últimas décadas.

Sistema de género en el sector socioeconómico alto de Lima⁴

Nos parece relevante caracterizar, desde las ciencias sociales, el sistema de género dentro de las familias de sector alto limeño. Por un lado, porque ellas ejercen poder sobre la sociedad en términos simbólicos y materiales. Por otro lado, porque el conocimiento sobre cómo funcionan las relaciones de género en este sector social nos permite interpretar otras relaciones sociales, dentro del mismo y con los otros sectores de la sociedad. En términos gruesos, hemos encontrado que el sistema de género en el sector alto de Lima representa dos esferas —la femenina y la masculina— con muy poco contacto entre sí, aunque guarden una relación de subordinación y de complementariedad en espacios sociales diferenciados.

La construcción de la femineidad

En primer lugar, es necesario resaltar que el trabajo remunerado de la mujer aparece como *no necesario*, debido a los altos ingresos económicos que provee el cónyuge. Este hecho, el de la poca importancia en la oferta de trabajo de la mujer parece marcar particularmente —a diferencia de los sectores medios y populares— la construcción social de la femineidad en este sector social. Detrás de esta poca importancia, encontramos un soporte ideológico transmitido por los colegios religiosos tradicionales y exclusivos de mujeres. En ellos, la poca motivación al logro profesional y desarrollo personal tiene su contraparte en la exaltación del ideal materno y del papel de la mujer como esposa.

Concomitantemente, el control de la sexualidad femenina se produce tanto antes como durante el matrimonio. A la femineidad se le atribuye una naturaleza «no sexual», por lo que se valora la virginidad prematrimonial, «la pureza», la poca curiosidad sexual:

Hoy en día es... no sé... son pocas las chicas, en realidad, que no tienen relaciones sexuales prematrimoniales ¿no? Ahora, yo estoy hablando, no es que llegue a aceptar, pero comprendo la situación de la chica mayor que es con el chico con el que se va a casar, ¿no?... para nada acepto a la chica que sale y al mes es con otro y al siguiente con otro... definitivamente no. (Mujer, 25 años)
Me cuidé muchísimo... sentía que no podía defraudar a mi mamá de esa manera [...] (Mujer, 38 años)

La infidelidad femenina es duramente criticada con el argumento del «ejemplo moral» de la madre hacia sus hijos, mientras la infidelidad masculina es en gran medida tolerada.

⁴ La descripción que presentamos del sistema de género en Lima fue creada a partir de la investigación que realicé para sustentar mi tesis de licenciatura «Masculinidad/ femineidad. Estereotipos de género en el sector socioeconómico alto de Lima», Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima I, 1992. El trabajo de campo fue realizado en 1992 a partir de entrevistas a varones y mujeres que tenían entre 20 y 53 años de edad. El estudio recogió los testimonios de veinte informantes de los diversos grupos que componen el sector alto limeño.

La infidelidad de la mujer me parece un crimen... no me parece que deberían recurrir a eso. Si hay hijos es egoísmo. (Mujer, 24 años)

A veces te ves obligada a pasar por alto la infidelidad del esposo, cuando es pasajera y no paralela... por los hijos. (Mujer, 25 años)

El hombre que se mete con mujeres es un vivo, la mujer que se mete con hombres es cualquier cosa. (Varón, 20 años)

Si bien las mujeres construyen una imagen devaluada de su sexualidad, exaltan la importancia de la apariencia física, dedicando enormes esfuerzos y tiempo al cuidado corporal. El cuerpo representa, por ello, una de las principales fuentes de autoestima para las mujeres, aunque a la vez es un espacio de temor y frustración. Por un lado, porque difícilmente se sienten conformes con el suyo. Y por otro, porque temen el desinterés de sus esposos o su infidelidad motivada por el envejecimiento.

El espacio privilegiado de la mujer resulta ser su casa, donde —dadas sus posibilidades económicas— cuenta con personal e infraestructura que le permiten dirigir, planificar y ordenar la realización de las tareas domésticas. Por ello, el trabajo doméstico resulta ser para la mujer del sector socioeconómico alto de Lima una fuente de poder.

Me ayudan en las labores de la casa tres personas más el jardinero. El mayordomo hace la limpieza, la cocinera y la empleada que hace servicio a los dormitorios. Antes tenía una empleada más y chofer. Nos hemos reducido, pero ganas de tenerlos sí tengo. Aunque ahora me da miedo meter gente extraña a la casa... (Mujer, 52 años)
La esposa y las empleadas deben encargarse del trabajo doméstico [...]. Si yo tengo mi secretaria, mis gerentes y mis obreros... ¿por qué en casa no va a haber lo mismo? (Varón, 39 años)

Si bien las mujeres son definidas como esposas, y luego como madres y amas de casa; tejen alrededor de estos roles espacios dedicados al ocio, la recreación y la amistad. Muchas de ellas —sobre todo las mayores de 40 años— se dedican a realizar labores de caridad y beneficencia por medio de su participación en diferentes asociaciones (Kogan 1998).⁵ Además toman diversas clases (pintura, gimnasia, literatura, arte, etcétera) y/o se encargan de acompañar a sus hijos en la realización de diversas actividades paraacadémicas. Lo que en realidad genera un gran activismo en estas mujeres.

El lunes voy al gimnasio, de allí me voy al Concejo de La Molina; estoy colaborando con la esposa del alcalde. Estamos haciendo una obra muy linda con la Policía de Menores: empadronamos chiquitos que lavan carros, les hacemos un seguimiento. Queremos tener un local para que hagan deportes, talleres para que tengan un trabajo. También estamos trabajando para arborizar los cerros del distrito con los chiquitos... que tengan un futuro. Martes y jueves tengo clases de pintura y los miércoles clase de «cultura». Siempre me busco cosas que hacer. Los lunes en la tarde tengo un grupo de oración: comentamos la Biblia, rezamos el rosario, hacemos obras sociales. (Mujer, 53 años)

⁵ KOGAN Liuba, *Asociaciones de mujeres de clase media-alta y alta de Lima*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, (Documento de Trabajo No. 89), 1998.

En síntesis, la femineidad en el sector socioeconómico alto de Lima parece construirse con la afirmación de la mujer en los roles de esposa, madre y ama de casa y con su orientación hacia el cuidado de la apariencia física, lo que contradictoriamente significa el ocultamiento de su sexualidad. El rol de esposa resulta singularmente importante en la conformación de la femineidad, pues entre otros, es requisito indispensable para la maternidad, ya que tener un hijo sin estar casada genera un estigma.

La construcción de la masculinidad

La construcción de la masculinidad en los hombres de este estrato parece tener también particularidades, derivadas del contexto de bienestar económico. La autoestima masculina se alcanza con relativa facilidad, debido al poder que da el uso del dinero. En el periodo de la adolescencia los jóvenes cuentan con símbolos que les permiten fácilmente ser reconocidos por sus contemporáneos como «hombres»: carro, tarjeta de crédito, viajes, implementos deportivos caros, etcétera. Sin embargo, encontramos cierta dificultad en los varones para definir su «masculinidad». La mayoría asocia la masculinidad con la figura del «macho» o con la figura del patriarca.

No sé, ser masculino, como su nombre lo indica, es ser macho. (Varón, 39 años)

Nada que se parezca a Arnold Schwarzeneger... eso no me parece ni varonil ni masculino. (Varón, 39 años)

Ser digno, ser buen padre, jefe de familia y ser trabajador. (Varón, 20 años)

Ser masculino es no usar falda... tratar de ponerte las cosas que corresponden a tu forma de ser hombre. (Varón, 32 años)

Por otra parte, el poder de los varones de este sector socioeconómico deriva de su posición frente a las mujeres: ellos poseen mayor información, experiencia y «derechos» sexuales.

[...] eran temas tabús, temas ocultos, burlescos. Recuerdo una vez que en la clase de costura pregunté qué significaba «puta» y me echaron de la clase. Lo hice un poco por fastidiar a la profesora que era un poco retrógrada. Tendría doce o trece años... era un poco precoz para el ambiente. (Mujer, 33 años)

La ignorancia que había en esa época... era terrible... yo me acuerdo... me da hasta vergüenza hablar de eso ahora... por las tonterías que se decían... a la menstruación la llamaban «geranio» porque era roja... y si te daban un beso podías tener un niño... ignorantes... no hablábamos con nadie. Todo era tabú, todo era pecado. (Mujer, 52 años)

La masculinidad en el sector socioeconómico alto de Lima parece construirse a través del rechazo de «lo femenino»: el temor a la homosexualidad, que se combate reprimiendo la sensibilidad y promoviendo una real o fabulada infidelidad compulsiva, exacerbando el logro profesional

y el mandato de ser un buen proveedor económico para la familia. La prohibición de los juegos «de niñas», los castigos más duros o las menores muestras de afecto en la adolescencia indican el temor de los padres y las madres respecto al desarrollo de la sensibilidad de sus hijos, pues es interpretada como un atributo eminentemente femenino. Las altas expectativas educativas y laborales frente a los hijos hombres tienen como trasfondo la asociación de la masculinidad con la capacidad de ser proveedor económico exclusivo de la familia. Estas expectativas los inclinarán a estudiar profesiones socialmente valoradas y a seguir generando altos ingresos, lo cual permitirá la reproducción de este modelo o sistema de género.

Respecto a la construcción de la femineidad y la masculinidad en este sector socioeconómico, indiquemos que se tipifica a hombres y mujeres con atributos o características polares. La mujer es descrita como sentimental, hogareña, maternal, «dadora», fiel y conformista, mientras el hombre como rudo, agresivo, centrado sobre sí mismo, infiel y pragmático. Hombres y mujeres —debido a su socialización diferenciada— tienen percepciones y expectativas personales diferentes acerca de sus atributos, roles y sexualidad. La edad no parece influir en la percepción y las expectativas de mujeres y hombres respecto a los estereotipos de género, aunque en lo referente a la sexualidad encontramos que los hombres más jóvenes tienen expectativas menos estereotipadas que los mayores de 40 años y las mujeres en conjunto.

Hombres y mujeres viven en espacios y ámbitos diferenciados de poder. La mujer privilegia el hogar y el hombre su trabajo. Los espacios intermedios, a los que podrían acceder hombres y mujeres, son prácticamente inexistentes. Los intereses tan diferenciados parecen propiciar una incomunicación genérica, pues la prescripción de estereotipos de atributos y roles es bastante fuerte. La posibilidad de cambio de estereotipos y de flexibilización en la actuación de roles genéricos parece ser un proceso muy lento y difícil. Remarquemos, dentro de este contexto, la existencia de violencia intrafamiliar que se manifiesta incluso físicamente.

Es de notar que en el sector popular (Lora et al. 1985; Rodríguez Rabanal y Ferreyros 1984; Stahr y Vega 1988; Tamayo y García Ríos 1990) y en el sector socioeconómico alto de Lima, encontramos una menor flexibilización en la actuación de roles y en los atributos esperados para hombres y mujeres que en el sector medio (Fuller 1993 y 1996). Este último parece ser el que más rápidamente ha ido cambiando el contenido de los estereotipos de género, debido a las expectativas de las familias sobre la educación de hijos e hijas como medio de ascenso social. La educación mixta, el acceso a estudios superiores —tipificados como masculinos— para la mujer, etcétera, han posibilitado dichos cambios, sin que ello signifique ausencia de conflictos personales o de pareja.

La familia y la socialización de los hijos

Las familias del sector alto de Lima parecen haber cambiado muy poco en las dos últimas generaciones. Lo que se ha producido, más que un cambio sustantivo, es un *aggiornamento*. Si bien los padres y las madres de hoy manifiestan que el cambio fundamental respecto de su propia relación parental es la posibilidad de comunicación con sus hijos, la

soledad y la falta de afecto parecen en alguna medida seguir teniendo las relaciones familiares en este sector social. Creemos que el sistema de género puede explicar en gran medida la sensación de falta de afecto de niños y niñas, ya que existe poca comunicación entre el mundo femenino y el masculino. Hombres y mujeres sienten que viven en espacios sociales diferentes y que se establecen relaciones jerárquicas entre ellos. Por otra parte, las relaciones entre padres e hijos se hallan mediadas por un conjunto de especialistas como psicólogos, médicos, foniatras, amas y diversos empleados que reemplazan el afecto y cuidado de los padres y las madres. Si bien a nivel general las mujeres y los varones adultos señalan que han modificado la educación de sus hijos respecto a la propia, reforzando la comunicación familiar y educando a niñas y niños de manera similar, ello no parece ser fundamentalmente cierto.

No, no me gustaría ver a mis hijas jugar fútbol, no me gusta que mi hijo hombre juegue con muñecas. Primero porque no lo he visto, segundo porque si juega con muñequitas y lo empiezas a pintar y a poner lacitos y falditas, lo haces maricón... para qué arriesgarte ¿no? Deja al hombre que juegue a trompearse y deja a la mujer que juegue a la cocinita, si quiere [...] (Varón, 39 años)

La falta de comunicación adecuada y transparente sigue siendo la norma. Por ejemplo, los padres manifestaron no tener confianza para hablar con sus hijas mujeres sobre sexualidad, mientras las madres señalaban lo mismo respecto a sus hijos varones.

Muy por encima hemos hablado de sexo, o sea, muchas veces hemos hablado acá del SIDA, se ha hablado de todas las formas de cómo cuidarse, de relaciones prematrimoniales; pero según mis hijas, yo no les he dado una información buena; o sea, hay muchas críticas. (Mujer 50 años)

Nunca me he horrorizado de nada, hay apertura. Pero cuando mis hijos hombres eran adolescentes yo le dije a su papá «tú habla de eso». (Mujer, 52 años)

Reafirmando lo anterior, señalemos que un estudio reciente (Ayala y Vexler 1996) indica que el principal problema en los colegios a los que asisten los niños y jóvenes de este sector socioeconómico es la falta de afecto, y por otra parte, la gran tensión que supone el tener figuras parentales muy exitosas económica y/o profesionalmente. Al parecer la distancia emocional se mantiene, a pesar de la percepción contraria de la generación de adultos que estudiamos. Una pista de explicación sobre esto puede encontrarse en los patrones reiterados de socialización, marcados por la distancia afectiva en los sectores altos de la sociedad limeña.

Si revisamos las relaciones familiares de los padres y las madres de estos niños, podemos ver que la infancia de muchos de ellos tuvo como centro o referente al campo. Vivieron o pasaron largas vacaciones en casa-haciendas espaciales y rodeados de numerosos familiares y «sirvientes». Sus padres eran dueños o administradores de haciendas. Un segundo grupo de adultos proviene de familias «burguesas» afincadas en Lima. Sus infancias transcurrieron en un mundo urbano, tranquilo, en amplias casonas, rodeados de «empleadas».

¿Quiénes me criaron? Bueno, yo creo que fue una educación un poco compleja entre mis padres, entre el mundo que significaba mis padres y el mundo de las empleadas, porque eso era bastante fuerte... las «mamá». Era un mundo totalmente fantástico, de idealismo maravilloso. Para mí no existía ni tristeza ni problemas ni sufrimiento... nada... para mí todo era maravilloso; todo lo que quería lo tenía. (Mujer, 33 años)

Las familias eran extensas: hermanos, tíos, tíos abuelos, abuelos, allegados y numerosas «amas». A pesar de ello, recalquemos, la falta de comunicación, la distancia y el poco contacto afectivo caracterizaron al tipo de relaciones en el interior de las familias.

[...] soledad, de la ausencia de comunicación con los padres... no es como ahora que yo converso con mis hijos, dialogo, peleo... era más un distanciamiento... pero soledad... en esa casa tan grande donde vivíamos [...] (Mujer, 33 años)

Mis primas nos daban la mano con guante... veías a las amas de blanco, con sus cofias, con sus chompas azules, medias blancas y zapatos de enfermera. Mis primas iban a todas partes con su chofer, nosotras teníamos el chofer de la chacra. (Mujer, 38 años)

Para muchos el recuerdo de la madre es el de una mujer distante, dedicada a su persona, perfeccionista, exigente y de fuerte carácter. Curiosamente estas características de personalidad se alejan mucho de los estereotipos tradicionales de mujer.

Mi madre era muy bonita, muy elegante, muy dedicada a su persona... perfeccionista, introvertida... con muchísimas cualidades pero no se daba mucho. (Mujer, 49 años)

Mi madre ponía disciplina en todo. Era muy perfeccionista, exigente... había un horario rígido para todo [...] (Mujer, 38 años)

En este contexto de soledad, la imagen de la madre es recordada por pocos con los estereotipos tradicionales de mujer: dócil, dulce, bondadosa.

Mi mamá era una mujer muy dulce, linda, muy inteligente... muy amable. Era una mujer de misa y comunión diaria... llena de Dios; por ejemplo ayudaba... iba a los presos, se volcaba completamente. Como mi papá tenía carácter fuerte... entonces ella en vez de contestarle, iba... —tenía un pequeño oratorio en el dormitorio— iba y se arrodillaba allí y a mi papá se le pasaba [...] (Mujer, 53 años)

La imagen del padre es básicamente la de un hombre poco afectuoso. Aunque también, alguien con quien se salía de paseo y con quien eventualmente se jugaba. Es de notar que a pesar de la distancia afectiva del padre, en la gran mayoría de casos este es recordado con más cariño que la madre.

Mi papá sí igual, se interesaba, le importábamos un montón, que nos fuera bien en el colegio pero él sí se mantenía mucho más al margen; como que opinaba, pero siempre a través de mi mamá;

la que ponía más el orden, en este caso, era mi mamá, no mi papá porque no se metía directamente mucho con nosotros. [...] Ahora, yo veo que mi papá sí opina mucho más; pero es un papá maravilloso, yo adoro a mi papi, pero lo que quiero decir es que no es un papá que directamente quiere enterarse o que tú le cuentes, no era mucho así. (Mujer, 25 años)

Las amas parecen haber jugado un papel muy importante en la socialización de los niños de clase alta, como una fuente de cariño y atención, conformando un espacio de afectos entre el mundo de los hijos y el de los padres.

Éramos cuatro hermanas y un hermano; cada uno de nosotros tenía un ama... A mí me vestía, me peinaba, me lavaba los dientes... ¡imagínate! yo tenía diez años y no sabía ni abrocharme los zapatos... A las cuatro hermanitas nos llevaba el chofer a todas partes. (Mujer, 33 años)

Paralelamente al mundo familiar, los colegios religiosos no mixtos tienen mucho éxito en la transmisión de estereotipos de género, que refuerzan en este caso la incomunicación entre lo femenino y lo masculino: rituales, compromiso afectivo y hasta temor encarnado en la idea del pecado, ayudan a esta transmisión.

Las monjas tienen algo especial para formar. Nos inculcaban la unión de la familia, el hogar... con tanto amor que es algo que te queda para el resto de la vida. (Mujer, 53 años)

Los temas sobre los que se insistía especialmente en los colegios de mujeres estaban relacionados con la exaltación de la virginidad prematrimonial en la mujer, la pureza y el ideal maternal.

En mi colegio insistían sobre la virginidad, la castidad y la pureza... muchísimo... «cuidado con sacarse la bata si hay chicos; ponerse lo más rápido la toalla», advertencias sobre eso todo el tiempo, sin llegar a hablar sobre sexo... El último año vino un médico a hablarnos [...] (Mujer, 38 años)

Yo pienso que se esforzaban en inculcarle a la mujer, un poco por el lado que es la que da mucho amor, la que tiene que estar al cuidado de los hijos, de lo importante que es; también te enseñaron a ser fuerte, a decirte bueno, no siempre vas a contar en muchas cosas con el apoyo del marido, que el marido un día trabaja, que cada día trabaja más y son cosas que suceden; el hombre cada vez está más absorbido por cosas que suceden fuera de la casa y que uno debería estar preparada para eso. (Mujer, 25 años)

En los colegios de varones tampoco se recibía «oficialmente» educación sexual, pero era tema predilecto de los muchachos, quienes manejaban casi siempre información de segunda mano y tergiversada, que lindaba con la pomografía.

La socialización de niños y niñas

A nivel de crianza, la represión de los niños parece mucho mayor que la de las niñas; y esto es inducido con mayor fuerza por los padres que por las madres. El temor al afeminamiento de los varones es el responsable del control de su juego.

Respecto al castigo, se cree que debe tratarse por igual a hijos e hijas, sin recurrir a lo físico. Sin embargo, de tener que hacerlo aflora la idea de hacerlo de modos diferentes: a los niños se les puede pegar con más fuerza, porque son físicamente más fuertes y porque emocionalmente deben aprender a soportar el dolor.

Agreguemos a esto que el afecto es brindado por padres y madres de manera diferencial según el sexo de sus hijos. Existe una fuerte tendencia a no mostrar afecto físico a los hijos varones —sobre todo en la adolescencia— para «no contribuir a su afeminamiento».

Además las expectativas educativas son distintas para hijos e hijas. La razón para escoger colegios no mixtos para las niñas está relacionada con la idea de que se formarán «más femeninas». Secundariamente, se prefiere la educación en colegios solo de hombres para los hijos «porque los padres son exalumnos» de algún colegio «exclusivo» y existiría cierta tradición y prestigio en continuar dicho patrón. Sara-Lafosse et al. (1980) encuentran que los padres de familia de colegios estatales de sectores medios y populares, prefieren los colegios no mixtos para los hombres básicamente como un medio de «reafirmación de la masculinidad»; en cambio, la preocupación por la «femineidad» de las mujeres, que llevaría a preferir escuelas no mixtas para ellas, ocupa un lugar menos importante. En el caso de los padres de familia de colegios privados de sector socioeconómico alto, encontramos lo opuesto: una clara preferencia por la educación no mixta para las mujeres en tanto «reafirmadora» de su femineidad.

A mí no me hubiera gustado estar en un colegio con hombres y mujeres. Yo sí pienso que el comportamiento en un hombre y una mujer tiene que ser distinto, o sea, la mujer no se puede sentar igual que un hombre. Para mí sí es importante que una mujer sea femenina; que sepa conversar, que no se vaya gritando por ahí; mientras que el hombre siempre es más «machote» y puede ser que no se fije tanto en esos detalles ¿no? (Mujer, 25 años)

Las principales preocupaciones sobre las hijas están centradas en el temor al «perjuicio» sexual, a las «malas compañías», a las drogas o al deseo expreso de casarse. En el caso de los hijos varones, la preocupación principal se centra en el hecho de que lleguen o no a ser profesionales o a conseguir un buen trabajo, aunque secundariamente se mencionó el problema del SIDA y el de las drogas.

Para los padres y las madres de este sector, el desempeño de sus hijas como esposas y madres es primordial frente al desempeño profesional. Por el contrario, casi unánimemente se señala el desempeño profesional como primera prioridad para el desarrollo personal de los hijos hombres. Los roles de esposo y padre aparecen subordinados al de profesional.

[...] creo que es difícil que un hombre que no sale adelante profesionalmente pueda tener una buena relación con su mujer; es difícil que un hombre que se sienta un poco frustrado, que no tenga ni en qué trabajar le vaya bien en el matrimonio. (Mujer, 25 años)

Por otra parte, tanto los padres como las madres demostraron tener puestas pocas expectativas laborales en sus hijas, y muchas en sus hijos. Este hecho corroboraría la idea generalizada que considera al hombre como el proveedor económico exclusivo de la familia y, como contraparte, a la mujer como madre y encargada del hogar. Ante la idea de que las hijas estudien alguna profesión las madres escogen para ellas actividades que no reportan altos ingresos económicos o tienen poco prestigio social. Prefieren las profesiones orientadas hacia el servicio o la ayuda social, que por lo general no requieren de una preparación intensa. Los padres, por su parte, escogen mayor variedad de profesiones como deseables para sus hijas, aunque todas más o menos estereotipadas como femeninas: arquitectura, psicología, administración de empresas o secretariado. Puesto que los padres y las madres tienen mayores expectativas profesionales puestas en sus hijos hombres, eligen gran diversidad de carreras para ellos, altamente valoradas y económicamente muy rentables.

Debemos anotar que, en lo concerniente al desempeño profesional o laboral de las hijas, se temen las situaciones o lugares que impliquen peligro sexual, competencia con el esposo, independencia o agresividad (como la diplomacia o la política). Dichos trabajos le «quitarían femineidad» a la mujer, en tanto se la asocia con la delicadeza, pasividad y dependencia. Entre los temores que manifiestan padres y madres respecto al desempeño laboral de sus hijos hombres, destacan el temor al «afeminamiento» u homosexualidad, a que «tomen mucho» o usen drogas, o a que trabajen en lugares donde exista mucha violencia.

Podemos concluir, entonces, que más allá de cierto acercamiento comunicativo entre padres e hijos, la socialización de hijos e hijas en el sector socioeconómico alto de Lima es marcadamente diferenciada, especialmente respecto a los juegos y a las expectativas educativas y laborales, y en menor medida respecto a la manifestación de afecto y los castigos. Los padres son más represivos que las madres con el juego de sus hijos hombres, quienes reciben menores muestras de afecto. Las madres, en comparación con los padres, tienen puestas menores expectativas educativas y laborales en sus hijas, y en conjunto ambos tienen puestas mayores expectativas en sus hijos hombres. A pesar de que existe una educación diferenciada, padres y madres tienen poca conciencia de ella. Los colegios no mixtos y religiosos conservadores juegan un rol protagónico en la transmisión de los estereotipos de género.

A modo de conclusión

Hemos propuesto una lectura sobre el sistema de género en las familias de sector alto de Lima. Sin embargo, debemos tener en cuenta que no hemos hecho un estudio sobre cada uno de los segmentos que componen el

mosaico de este sector socioeconómico. Queda claro que el sistema de género que se construye es el de la femineidad y la masculinidad como dos esferas sin gran contacto entre sí. Este sistema fomenta la incomunicación entre géneros, definidos como constructos polares.

Por otra parte, la distancia afectiva parece teñir las relaciones interfamiliares, a pesar de la voluntad cognitiva de evitarla. Es posible que esta distancia se asiente sobre un marco axiológico que privilegie valores típicamente burgueses como la limpieza, la pureza, la no contaminación y por ende, el poco contacto corporal, la mesura y el control de las pasiones. Sin embargo, encontramos paralelamente y de manera significativa, violencia intrafamiliar expresada también físicamente. Es posible que la violencia física sea producto de la dificultad para establecer diálogos intergenéricos, debido a que los intereses, los valores y las expectativas de varones y mujeres parecen construirse polarmente.

Además, es necesario anotar que las mujeres tienen un papel formalmente subordinado al de los varones. Ellas se encuentran poco individuadas, debido a que construyen su femineidad en torno a los roles de esposa y madre, teniendo muy poca motivación para construir intereses propios. Los varones, por otra parte, detentan el poder formal en tanto autoridad y representante de la familia, a partir del rol de proveedor económico.

Anotemos que, sin embargo, hemos realizado una investigación sincrónica, lo que implica que no hemos podido registrar posibles modificaciones de la vivencia de la femineidad y masculinidad a lo largo del ciclo de vida de estas personas. Sin embargo, sospechamos que los cambios no son muy significativos en las mujeres debido a que, por el control social que las sujeta, sus experiencias vitales son poco variadas o de escaso impacto biográfico.

Finalmente, proponemos que el sector socioeconómico alto de Lima es bastante conservador, aunque se haya aggiornato en términos comparativos en el transcurso de las dos últimas generaciones. La iglesia, el sistema educativo tradicional, y las familias como instituciones que sustentan las relaciones sociales en este sector socioeconómico, y que construyen un marco contextual para las relaciones de género, parecen ser entes muy sólidos, por lo que sospechamos que los procesos de modificación —a nivel de estereotipos— de la femineidad y masculinidad serán relativamente lentos.

Bibliografía citada

APOYO

1997 *Niveles Socioeconómicos en la Gran Lima*. Lima: APOYO, Opinión y Mercado S.A., julio.

AYALA, Ana e Idel VEXLER

1996 «Problemas y necesidades de los niños de clase media-alta y alta». En *Necesidades y demandas para un cambio en educación*. Lima: Foro Educativo.

- BARRIG, Maruja
1996 «Pitucas y marocas en la nueva narrativa peruana». En *Detrás de la Puerta. Hombres y mujeres en el Perú de hoy*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) pp. 94-101.
- BURGA, Manuel y Alberto FLORES GALINDO
1987 *Apogeo y crisis de la república Aristocrática*. Lima: Rikchay Perú.
- CASTILLO, Manuel
1992 «Los hijos privilegiados del mercantilismo características históricas de cinco grupos de poder económico», *Pretextos* N° 3-4. Lima: Desco pp. 222-240.
- FULLER, Norma
1996 «Los estudios sobre masculinidad en el Perú». En Patricia Ruiz Bravo (ed.), *Detrás de la puerta. Hombres y mujeres en el Perú de hoy*. Lima: PUCP.
1993 *Dilemas de la femineidad. Mujeres de clase media en el Perú*. Lima: PUCP.
- KOGAN, Liuba
1998 «Asociaciones de mujeres de clase media-alta y alta de Lima». Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Documento de Trabajo N° 89.
1996 «Ricos y famosos. La clase alta en Lima». *Cuestión de Estado* N° 18. Lima: IDS, junio-agosto pp. 11-13.
- LORA, Carmen; Cecilia BARRENECHEA y Friné SANTISTEBAN
1985 *Mujer. Víctima de opresión, portadora de liberación*. Lima: Cuadernos del Instituto Bartolomé de Las Casas-Rímac.
- MALPICA, Carlos
1990 *El poder económico en el Perú*. Tomo I y II. Lima: Mosca Azul Editores.
1967 *Los dueños del Perú*. Lima: Peisa.
- ROCHABRÚN, Guillermo
1993 *Socialidad e individualidad. Materiales para una sociología*. Lima: PUCP.
- RODRÍGUEZ RABANAL, César y Alejandro FERREYROS
1984 *Algunas consideraciones sobre la familia en los pueblos jóvenes*, Revista de la Universidad Católica/Nueva serie N° 15. Lima: PUCP pp. 39-54.
- STAHR, Marga y Marisol VEGA
1988 «El conflicto tradición modernidad en mujeres de sectores populares». *Márgenes* (encuentro y debate), año II, N° 3. Lima: Sur, junio pp. 47-62.
- SARA-LAFOSSE, Violeta; Blanca FERNÁNDEZ y Carmen CHIRA
1987 *El problema de la coeducación en los colegios secundarios estatales de la ciudad de Lima*. Lima: PUCP.
- TAMAYO, Giulia y José María GARCÍA RÍOS
1990 *Mujer y varón. Vida cotidiana, violencia y justicia. Tres miradas desde El Agustino 1977-1984-1990*. Lima: Raíces y Alas-Sea/Tarea.
- UGARTECHE, Óscar
1997 *El falso dilema. América Latina en la economía global*. Caracas: Fundación Friedrich Ebert-FES (Perú) y Nueva Sociedad.